

Una monja radical dice que responder a su vocación cristiana le ha llevado a la cárcel

por [Lisa De Bode @lisadebode](#)

16 de diciembre de 2013

(Traducción, *Desveladas*)

La hermana Megan Rice, de 83 años, continúa su activismo antinuclear en la cárcel, abogando por una Iglesia católica “de la calle”



Los activistas anti-nucleares Gregory Boertje-Obed, la hermana Megan Rice y Michael Walli, en Knoxville, Tennessee, el 6 de febrero de 2013 (Linda Davidson/The Washington Post/Getty Images)

OCILLA, Ga. — La hermana Megan Rice saluda presionando la palma de la mano contra el cristal, dando la bienvenida con sus ojos azules a un visitante de la celda que está frente a la suya. Las lámparas iluminan su rostro oval enmarcado por un pelo corto blanco, semejante a un halo. Su uniforme —un mono de color verde, a rayas, zapatillas de deporte y una manta gris por encima de sus hombros— no es el típico de una monja católica romana, pero ella ve su estancia en el Centro de Detención del Condado de Inwin de Georgia como la respuesta a su vocación cristiana.

Con 83 años, Rice ha elegido las rejas para pasar el último capítulo de su vida.

Se enfrenta a una posible condena de 30 años de prisión por los cargos de interferencia en la seguridad nacional y daño a una propiedad federal, resultado de un acto de desobediencia civil cometido por ella en julio del año pasado.

Cansados tras la caminata por los bosques adyacentes al Y-12 National Security Complex, en Oak Ridge, Tennessee, que un día proveyó el uranio enriquecido para la bomba de Hiroshima, Megan Rice, Michael Walli y Gregory Boertje-Obed salpicaron de sangre las paredes, pusieron pancartas y golpearon con martillos “en rejas de arados”, una referencia bíblica de Isaías 2,4: “De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas”.

Puesto que irrumpieron en una instalación nuclear *sensible*, los tres activistas se prepararon para lo peor. “Somos muy conscientes de que podríamos haber muerto”, dice Rice.



No murieron, pero están encarcelados. Ahora, ella pasa los días respondiendo a las cartas de sus partidarios y mentalizando a otros detenidos sobre los peligros de las armas nucleares y sobre las conexiones que Rice establece entre el militarismo y la pobreza que, en su opinión, ha llevado a muchas mujeres jóvenes detrás de las rejas. Rice acusa al Gobierno de los Estados Unidos de negar a los ciudadanos derechos básicos, como la atención médica y el acceso a la educación, porque invierte muchos miles de millones de dólares en equipamiento militar.

“Cada día es un día para hablar de ello”, dijo a Al Jazeera, levantando un poco la voz para que se le oiga a través del cristal que la separa del mundo exterior. “No es tiempo perdido, en ningún sentido”.

Refiriéndose a los orígenes de la pobreza de pueblos “donde apenas hay otras opciones”, ella culpa a la economía capitalista por no invertir más en servicios sociales para las clases bajas y relaciona, sin esfuerzo, las armas nucleares con la “prisión-complejo industrial”. No son malas personas, dice de sus compañeras de prisión, pero tuvieron la desgracia de nacer en una sociedad que les dio pocas oportunidades.

Ellas saben que son la lluvia radiactiva humana y las víctimas de la especulación de la élite y de los altos directivos de las empresas que hacen contratos para fabricar armas nucleares. “Se trata del dinero denegado a los servicios humanos que deberían ser la prioridad de cualquier gobierno”, dijo.

Tose un poco, protegiendo la nariz del frío del interior de la cárcel. Cada mañana se pone en la fila para recibir su dosis de antihistamínicos, pero otros reciben pastillas para condiciones mucho peores que las que ella tiene que soportar, dijo. “Muchos no tendrían que estar aquí”, suspiró, acercándose al agujero, parcialmente obstruido, de la pared de cristal por la que conversa.

“Yo no les veo como delincuentes, sino como víctimas. Personas que están siendo almacenadas en cárceles por todo el país”.

Walli, un veterano de Vietnam de 64 años, también pasa muchas horas hablando con los reclusos, veteranos de Iraq con estrés pos-traumático, de quienes dijo que deberían estar recibiendo un tratamiento adecuado. “Tratamos de ser misioneros aquí”, dijo. “Estamos intentando inculcar la idea de que la vida humana es sagrada”.

Nubarrones-hongo en Nevada

A diferencia de la mayoría de sus compañeros de prisión, Rice nació en una familia acomodada, en el Upper West Side de Manhattan. Uno de sus vecinos era un físico que trabajaba en secreto en el Proyecto Manhattan, que creó las primeras armas nucleares del mundo. La pasión de Rice por la justicia social fue temprana. Acompañaba a sus padres a las reuniones del Movimiento de Trabajadores Católicos con Dorothy Day, activista de la justicia social actualmente en proceso de beatificación. Su madre escribió su tesis doctoral en la Universidad de Columbia sobre la visión católica de la esclavitud, y su padre prestó servicio a los ciudadanos pobres como obstreta. “Lo único que me sucedió fue que tuve unos padres muy concienciados”, dijo.

A los 18 años, se unió a la Congregación del Santo Niño Jesús y en 1962 empezó a enseñar ciencias a niñas en la zona rural de Nigeria. Durante las vacaciones de verano, visitaba a su hermana, que vivía en el norte del estado de Nueva York, donde montaba a caballo con el hábito, dando una imagen “diferente a la de una monja típica”, dijo su sobrina, que se llama como ella y ahora tiene 52 años. Dondequiera que vaya Rice, inspira a la gente a seguir su ejemplo, de manera que llegan a su celda, cada día, de seis a ocho cartas. “Tengo la sensación de que la acción que llevó a cabo con Michael y Greg es la culminación de su vida”, dice su sobrina.

Como la malaria y las fiebres tifoideas le empezaron a pasar factura, Rice regresó definitivamente a los Estados Unidos en 2003 y ocupó un puesto en la Nevada Desert Experience, una organización sin ánimo de lucro que trabaja en contra de la guerra nuclear en una antigua zona de pruebas. Las visiones fantasmales de enormes nubes en forma de hongo se habían convertido en atracciones turísticas desde los tejados de los hoteles de Las Vegas, ciudad cerca de la cual han sido detonadas cerca de mil armas nucleares desde 1950.

Un tío de Rice, un ex Marine que presenció la reconstrucción de Nagasaki, se hizo amigo de un obispo jesuita cuya madre y hermana fueron calcinadas en Japón durante una misa. Ellas estaban entre las aproximadamente 60.000 personas que murieron al instante por la explosión. Dedicó el resto de su vida al desarme nuclear.

“Este ha sido el modo más cercano de estar en contacto con la realidad”, dice Rice.

Y se complace al contar que, casi 70 años después, los medios de comunicación japoneses informaron de su detención y alabaron su acción.

¿La hipocresía del desarme?

Rice y sus amigos fueron arrestados en diferentes momentos de su vida por actos de desobediencia civil orientados al desarme nuclear global. Ella, afirmó, se siente especialmente responsable de llamar la atención sobre el arsenal nuclear de los Estados Unidos.

La lógica del Tratado de No-proliferación Nuclear, en virtud del cual se presiona a Irán, por ejemplo, requiere que los estados que ya tienen armas nucleares den pasos hacia el desarme. Sin embargo, en 2008, por ejemplo, casi dos décadas después del fin de la Guerra Fría, los Estados Unidos gastaron al menos 52.000 millones en armas nucleares, según la Fundación

Carnegie para la Paz Internacional. Y solo el 10% de ese gasto se ha dedicado al desarme.

“Es muy hipócrita exigir el desarme (de Irán)”, dice Rice recordando una anécdota con el ex presidente de Irán, Mahmoud Ahmadinejad, el cual honró al trío de activistas durante una cena en Nueva York, el año pasado, poniéndose una foto de ellos en el pecho. “Así mostró que encomiaba el esfuerzo de emplazar a los Estados Unidos a cumplir sus obligaciones legales”.



*Un aviso de seguridad en el Complejo Y-12 de Seguridad Nacional en Oak Ridge, Tennessee.
Erik Schelzig/AP*

Los activistas decidieron organizar una protesta para llamar la atención sobre el arsenal nuclear de Estados Unidos. Las cámaras y las cercas no pudieron evitar que los tres ancianos causaran daños en lo que algunos llaman el Fort Knox de uranio del país, lo que plantea interrogantes sobre cómo frenar a ladrones profesionales con intenciones menos idealistas. Algunos miembros del Congreso incluso dieron las gracias a Rice y a sus cómplices por llamar la atención de la nación sobre los problemas de seguridad de la instalación Y-12, la última de una serie de brechas de seguridad nuclear en los últimos años.

El programa de armas nucleares de Estados Unidos se ha convertido en un atolladero para los servicios militares. En 2010, el Pentágono concluyó que “el arsenal nuclear masivo que heredamos de la época de la Guerra Fría, de confrontación militar bipolar, es poco adecuado para abordar los desafíos planteados por terroristas suicidas y regímenes poco amistosos que buscan armas nucleares”.

Paul Carroll, director del programa de Ploughshares Fund, una fundación que apoya la eliminación de armas nucleares, dijo: “Sentarse en un silo de misiles en el centro del país, esperando el día en que los soviéticos ataquen es un retroceso. Por tanto, tienen problemas morales. Están oxidados”.

Ralph Hutchison, un compañero activista por la paz y amigo leal de Rice, dijo que la desconexión generacional ha llevado a la cuestión nuclear a una relativa oscuridad en los últimos años. Un profesor invitado en una clase de sociología de la Universidad de Tennessee dijo que cada vez es más difícil impresionar a los estudiantes con la gravedad de la guerra nuclear.

“Durante décadas, había que agacharse y cubrirse y debías trepar sobre tu escritorio en la escuela”, dijo. “Los niños de hoy nunca han vivido un momento así. No tienen la menor idea sobre el invierno nuclear”.

Ocupar la iglesia

Rice ve sus acciones como inspiradas por su fe, pero ha tenido poco apoyo de la institución eclesial. El obispo jubilado Thomas Gumbleton, un reconocido activista por la paz, lamenta la postura tibia de la iglesia respecto a la detención de Rice y a las armas nucleares. Citando la doctrina oficial que condena explícitamente el uso de armas de destrucción masiva “como un crimen contra Dios y contra el ser humano mismo”, llama a sus colegas a adoptar la causa de Rice como la de alguien ejemplar que se ha puesto en pie por lo que es correcto”.

“Se supone que deberían ser líderes en algo así. No ha habido ningún tipo de declaración por parte de los obispos católicos sobre lo que Megan ha hecho”, dice Gumbleton. Y agregó: “Para ser franco, tengo que decir que, en la iglesia oficial, la mayoría de la gente no sabe nada de ella. Y eso es realmente triste”.

La hermana Rice no esperaba mucho de la institución, ni siquiera del nuevo papa, cuyos recientes pronunciamientos han enarcado muchas cejas. Ella no está interesada en las instituciones, sino que aboga, en cambio, por una iglesia de base. “La iglesia está donde está la gente”, dice. La iglesia importa solo “a nivel local”. Se muestra escéptica ante el papa Francisco, pero se siente alentada por su elección de un estilo de vida menos extravagante que la de sus predecesores, de quienes dijo que habían estado viviendo como “príncipes en sus palacios”.

Su orden, la Congregación del Santo Niño Jesús, fue la única voz de apoyo dentro de la institución católica.

“Aunque no aprobamos la actividad criminal, nos gustaría señalar que la hermana Megan ha dedicado su vida a poner fin a la proliferación nuclear. Con la Iglesia católica, ella cree que las armas nucleares son incompatibles con la paz que tanto se necesita en todo el mundo y, por tanto, no se pueden

justificar”, escribió Mary Ann Buckley en un comunicado enviado por correo electrónico a Al Jazeera.

El papa Francisco, ciertamente, parece inclinado a reformular la Iglesia como una institución que lucha por la justicia social y no tiene miedo de protestar. “Prefiero una iglesia que esté magullada, herida y sucia por haber estado fuera, en las calles, que una iglesia que sea poco saludable por permanecer confinada”, escribió Francisco el mes pasado en la declaración de la misión para su papado. Este mensaje ha resonado en muchos jóvenes en diferentes partes del mundo que han salido a las calles para protestar contra la austeridad y las enormes desigualdades económicas.



*Sor Teresa Forcades en Montserrat, España.
Lluís Gene/AFP/Getty Images*

“Los cristianos americanos han sido demasiado amables, demasiado tranquilos y demasiado complacientes tanto con la injusticia como con el uso blasfemo del nombre de Jesús en la comisión de atrocidades en nuestro país y en nuestro mundo”, escribió un grupo que se denomina a sí mismo Protest Chaplains en un manifiesto que coincidió con el movimiento Occupy, del que formaban parte. “ Por eso, queremos protestar con todos los que, como nosotros, sabemos en lo más profundo de nuestras almas que otro mundo es posible”.

Rice se reunió en Nueva York con activistas de Occupy, “cuando se inició en septiembre”, para tratar sobre asuntos nucleares. Describió su trabajo como “la religión haciendo lo que se supone que debe hacer”.

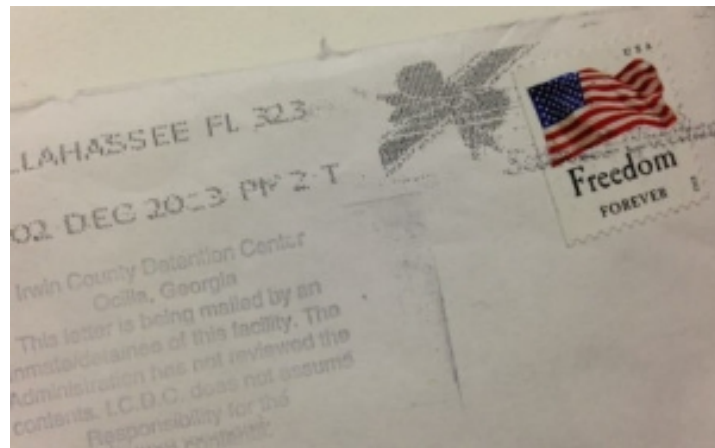
“La iglesia está donde está la gente”, dijo. “Es la gente”.

Un mensaje similar ha resonado en Barcelona, donde los activistas callejeros conocidos como Indignados tomaron nota de la hermana Teresa Forcades, una monja católica romana y activista que cree que el actual consenso político-económico de los gobiernos de los países industrializados perpetúa la desigualdad. Y como Rice, Forcades se

muestra escéptica ante las declaraciones de Francisco, arguyendo que el nuevo papa debe ser valorado por su atención a los derechos de las mujeres, hasta ahora inexistente.

Sin embargo, Rice confía en que “llegará”, refiriéndose a la ordenación de las mujeres. El año pasado, ella asistió a la ordenación no oficial –no reconocida por el Vaticano– de Diane Dougherty en Atlanta. “Están preparando el camino y están recibiendo una gran aceptación por parte de los católicos laicos”.

Lecciones desde la cárcel



Una carta de Rice enviada desde prisión. Lisa De Bode

Sus partidarios dicen que la vida de Rice es un ejemplo del activismo social necesario para reactivar la llamada de la iglesia entre los jóvenes. Sin embargo, ella se resiste a ser considerada como una heroína. Sus héroes, dijo, son personas corrientes que actúan “en conciencia”.

Mientras espera la sentencia, el 28 de enero –se enfrenta a una posible pena máxima de 30 años–, tomó prestadas, en una carta que envió a Al Jazeera, frases del Dr. Martin Luther King. Reflexionaba en ella sobre su vida, que podría terminar en la cárcel.

“En algunas situaciones, la cobardía pregunta: «¿Esto es seguro?» La conveniencia pregunta: «¿Es político?» Llega la vanidad y pregunta: «¿Es popular?» Pero la conciencia pregunta: «¿Es correcto?»”, escribió.

“Y llega un momento en que una debe adoptar una posición que no es ni segura, ni política, ni popular, pero hay que adoptarla porque la conciencia dice que es correcta”.

En una audiencia en mayo, Rice le dijo al fiscal que su única culpa es que esperó 70 años para entrar en las instalaciones, “para ser capaz de decir lo que sabía en mi conciencia”. Siete meses después, dijo: “Esta es una experiencia muy positiva. Y se va poniendo mejor y mejor”.

Le resulta incómodo estar en el punto de mira, y procura desviar la atención hacia los demás. Se dedica a sus compañeras de prisión, a las que está ayudando a prepararse para una vida fuera de las rejas, una vida a la que ella podría no regresar.

Con ellas en mente, sonrió señalando simplemente: “No soy la única a quien se está juzgando mal”.

Fuente:

<http://america.aljazeera.com/articles/2013/12/15/no-room-for-radicalnuninpopefrancischurch.html>